

27/2013

19 marzo de 2013

Mayte Carrasco*

MALI, LA GUERRA ASIMÉTRICA CON
LA QUE SOÑÓ BIN LADEN

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

MALI, LA GUERRA ASIMÉTRICA CON LA QUE SOÑÓ BIN LADEN

Resumen:

Este documento analiza, desde la perspectiva de un testigo directo, el conflicto actual de Malí, así como los acontecimientos que se han sucedido desde el inicio de la operación francesa para frenar la ofensiva yihadista sobre Bamako.

Abstract:

This paper analyzes, from the perspective of a direct eyewitness, the current conflict in Mali, and the events that have occurred since the start of the operation to stop the offensive French jihadist Bamako.

Palabras clave:

Malí, Francia, Operación Serval, AFISMA, MUYAO, AQMI.

Keywords:

Mali, France, Operation Serval, AFISMA, MUJAO, AQIM.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

PRÓLOGO

Arranco este texto con un prólogo necesario para comprender la guerra de Malí, con los ojos y la voz que somos de civiles y combatientes en una zona de conflicto; y con la subsiguiente responsabilidad que tenemos a la hora de transmitir sus testimonios a la opinión pública de la forma más contrastada y transparente. Y aún más en este caso, por la implicación española en las operaciones.

Malí es un país con un territorio impracticable en el norte, donde en muchas zonas solo se puede circular por escasas carreteras asfaltadas y recorriendo cientos y cientos de kilómetros. A lo que hay que añadir las dificultades de atravesar la sabana, donde nos podíamos cruzar con columnas de yihadistas que emprendían la fuga, así como el riesgo de caer en manos de los islamistas. Con todo, el alto riesgo de secuestro de occidentales y la dificultad de la geografía del terreno han marcado nuestra labor informativa, y el sentido de la responsabilidad nos ha obligado, en muchas ocasiones, a evitar muchas sorpresas.

HACIA UNA GUERRA ASIMÉTRICA

El 10 de febrero de 2013 y en medio de un ataque sorpresa de un grupo de yihadistas en Gao, norte de Malí, me vino a la cabeza el gran sueño del difunto líder de Al Qaeda, Osama Bin Laden. Quería tener en el norte de África una legión de guerrilleros expertos en técnicas de seguridad e inteligencia, planificación de atentados y uso de armas y explosivos y listos para atentar en cualquier momento, y aquel día ví cómo los yihadistas lograban trasladar al norte de Malí los métodos aterradores que utilizan en Afganistán o Irak. Desde la tumba, ¿lo había conseguido?



Foto: Mayte Carrasco

Plaza de la Sharía de Gao en la que se realizaban los castigos públicos contra los herejes

La operación militar SERVAL había comenzado hacía un mes y esa misma semana hubo dos ataques suicidas en la ciudad, hombres con cinturones de explosivos que se inmolaron en el nombre de Alá sin causar muertos salvo ellos mismos, sembrando el terror en un puesto de control militar de la carretera de acceso hacia Bourem, en el norte. Kamikazes, lo nunca visto en Gao y en todo Malí. Y en el camino de Douentza a Gao tuve ya ese «*déjà vu*» cuando veía cómo las tropas francesas desminaban la principal carretera, a partir de ahora sembrada de IEDs (Inidentified Explosive Device).

La guerra de guerrillas había llegado al norte del país. «¡Acaba de cruzar la calle, con un kalahsnikov disparando hacia nosotros, vestido de negro de la cabeza a los pies!», exclamaba la periodista Krista Larson aquel día, refugiándose en el interior de un patio de una casa de Gao, junto a una asustada familia que no osaba salir a la calle. Se había cruzado con uno de los yihadistas de MUYAO (Movimiento para la Unicidad y la Yihad en Africa Occidental) que habían entrado sigilosamente en piragua por el río Níger durante la noche y se había atrincherado en la *gendarmerie*, uno de sus antiguos cuarteles generales durante la ocupación de la ciudad, atacando por sorpresa. ¡No sé, no sé dónde están, disparan por todos sitios!», exclamaba un soldado maliense en pleno centro, saltando de su posición y escondiéndose en la esquina de enfrente, con las balas silbando en todas direcciones.

Eran las tres de la tarde. Las calles estaban desiertas, reinaba el caos y el miedo. Las mujeres y los niños huían del mercado, antiguo paso obligado de comerciantes de Burkina Faso, Mauritania o Argelia, y corrían a refugiarse mientras los militares buscaban a los insurgentes casa por casa. Era difícil moverse porque los malienses disparaban a todo lo que se movía, incluso a civiles despistados que deambulaban en motocicletas por las calles o transeúntes curiosos que acabarían con una bala en el vientre. Solo un puñado de soldados malienses intentaba frenar el ataque, el primero desde que se había liberado la ciudad un par de semanas atrás, protegida por patrullas de Malí, Chad, Níger y Francia. «Lo malo es que se han dispersado y ahora mismo hay combates en varios puntos. Pero les vamos a encontrar y si encuentro a uno, lo degüello», murmuraba con rabia el militar, disparando al mismo tiempo hacia un tejado del que parecen proceder algunas balas.

El clima de inseguridad confirmaba que el conflicto había entrado en su fase más difícil, como predijo el ministro francés de Defensa, Jean-Yves Le Drian que, vista la situación, dijo que el fin de la operación SERVAL debía coincidir con una solución política para Malí (habrá elecciones en julio) y condicionó la retirada de las tropas francesas al despliegue completo de las fuerzas africanas de la AFISMA (Fuerza Internacional de apoyo a Malí, 5.700 militares de los países de la Comunidad Económica de Estados de África Occidental CEDEAO, a los que se suman 2.250 chadianos), que «no están en situación» de tomar el relevo, confesó el ministro. Francia tiene actualmente 4000 soldados sobre el terreno.



Foto: Mayte Carrasco

Varios habitantes de Gao se refugian bajo un porche durante el ataque de MUYAO del día 10 de febrero.

«Tras la liberación Diabali, Konna, Tumbouctu, Gao y Bourem, los insurgentes se han dispersado hacia el norte y tienen aún capacidad para operar. Se han escondido entre la población y ahora pasamos a una guerra asimétrica, como la de Afganistán», me aseguraba en Gao un alto mando del ejército galo. El centro de operaciones se situaba esa ciudad, desde donde se coordinaban las operaciones para aniquilar a los yihadistas en sus bastiones del norte (Kidal y el macizo montañoso del Adrar de Iforas y en Trimetrine, en el noreste de Malí), donde estaban los combatientes más duros, los mejor armados.

Al día siguiente de aquel ataque del 10 de febrero, no había apenas viandantes en Gao y frente a un supermercado sin apenas suministros varios soldados franceses negociaban a voces con un comerciante la compra de productos locales, sudando bajo el casco y el chaleco antibalas y sin siquiera bajarse de los carros de combate. «De Sevaré a Gao hemos tardado 36 horas en recorrer 570 kilómetros porque hemos tenido que ir desminando el camino de IEDs», explicaba uno de los soldados que se encarga del avituallamiento, mientras pagaba el pan tierno del día.

Tres familias de civiles estaban de luto en Gao y una muchedumbre se paseaba con excitación entre los restos de la batalla. «¡Ahí hay dos granadas sin detonar!», alertaba un joven a los que entraban en el edificio de la *gendarmérie*, frente a la que aún quedaban dispersas las piernas putrefactas de dos islamistas. Los más osados ataban una de ellas a una cuerda y se hacían fotos con el trofeo como si fuera un pescado, mientras otros observaban con asco los restos de carne humana y sangre de un supuesto terrorista que se explotó en la segunda planta.

LAS LECCIONES PARA FRANCIA

En Tumbouctou el sol brillaba con fuerza bajo el paso del convoy que transportaba al presidente francés, François Hollande, a su ministro de exteriores, Laurent Fabius y al presidente maliense, Dioncounda Traore. Una multitud enfervorizada les esperaba en la simbólica plaza de Sankoré, donde los islamistas habían practicado los castigos públicos de la sharía. Muchos hacían corrillos saltando y bailando, vestidos con sus mejores galas, eufóricos tras ser liberados tras diez meses de ocupación en los que población local sufrió la imposición de una ley islámica radical que consideraban alejada de sus creencias. El 90% de los malienses son musulmanes, pero profesan un Islam moderado, sobre todo en el norte y en Tumbouctou, la ciudad de los 333 santos, donde los islamistas de Ansar Dine profanaron templos y destruyeron símbolos de este mítico enclave por «impíos».



Foto: Mayte Carrasco

Soldados franceses esperan instrucciones durante el ataque sorpresa de islamistas al centro de la ciudad de Gao el 10 de febrero.

“Lo peor que he visto fue aquella mujer que se quedó embarazada de un chico con el que no estaba casada», explicaba Assana Dikko, 22 años, antiguo guía turístico. «Les taparon a los dos con una tela, les apalearon y a él lo enterraron de modo que solo sobresalía la cabeza. Lo dejaron así unas horas pero cuando lo sacaron las heridas eran tan graves que murió». En la ciudad hay un banco que se convirtió en improvisada prisión para las mujeres que no se vestían debidamente, sin el niqab (velo islámico que cubre todo el cuerpo, excepto los ojos). «Metían en el cajero automático hasta quince mujeres, casi no se podía respirar», explica Nana, una joven estudiante de Magisterio de 22 años.

Mientras llegaba la comitiva, la población relataba cómo los islamistas reconvirtieron las ciudades Gao, Tumbuctú, y Kidal en un pequeño Kabul en el desierto del Sahel, resucitando las violentas prácticas del difunto régimen talibán afgano. Practicar sexo fuera del

matrimonio, robar, no ponerse el velo islámico, escuchar música, fumar, no acudir a la mezquita el viernes, saludar a una mujer por la calle o cometer adulterio se castigaba con amputaciones de manos, fuertes latigazos en público, apaleamientos hasta la muerte y lapidaciones.

«¡Merci Hollande, merci!», gritaba la turba envolviendo a un presidente francés sonriente que parecía en su salsa, sudando de los pies a la cabeza y cubierto de arena y polvo, rodeado de una nube de militares tan disgustados como Fabius, visiblemente incómodo, y que intentaban apartar a los miles de ciudadanos que le aclamaba incluso más que al mandatario maliense. Alegría desbordante comprensible al escuchar testimonios como el de un padre de familia de Gao, al que obligaron a presenciar una violación. «Los del MNLA nos obligaron a salir al patio de mi casa, con mi madre, mi hermana, mi mujer y mi hija de diez años. Allí nos apuntaron con las armas y las violaron a todas delante de nosotros. Tuvimos que presenciarlo todo», contaba con el labio inferior temblando de rabia. «Siento amargura y vergüenza. No quiero que el gobierno negocie con esos malnacidos».

Francia se ha convertido en la gran salvadora, pero a estas alturas choca con imprevistos y dificultades. Fue invitada por Malí para ayudarle a preservar su integridad territorial tras la declaración del Estado del Azawad en Tumbouctú, Gao y Kidal el año pasado y frenar el avance del frente rebelde hacia Konna con la pretensión de llegar hasta la capital, Bamako. Con el tiempo se habrán dado cuenta de que ese avance fue un gran error y que desbarató las negociaciones en curso, precipitando una rápida intervención militar el 10 de enero de Francia respaldada por varias resoluciones de la ONU.

Como explica el experto Ben Barry, del Internacional Institute for Strategic Studies (IISS), desde el inicio de la guerra (toma de Konna, Diabali), el conflicto se ha transformado. Una primera fase consistió en la liberación de las ciudades, y Francia estuvo sola desde el día 10 de enero hasta la llegada ocho días después de los primeros efectivos de AFISMA. La aviación francesa bombardeaba, luego entraban los malienses y varios días después las tropas francesas llegaban por tierra, según fuentes del ejército galo. No hay noticias sobre dónde y cuando intervinieron las fuerzas especiales francesas allí, aunque sí se ha informado de algunas de sus operaciones en zonas más al norte de Gao y Kidal. Las patrullas en las ciudades les corresponden en estos momentos a Malí y Níger, al menos en el caso de Gao.

El problema es que en la segunda fase (tras la liberación de Tumbouctú, Gao), la persecución de las columnas de yihadistas y el ataque a sus santuarios, la guerra se ha transformado en aquello que Bush llamaba la “guerra contra el terror”, puesto que están combatiendo a los terroristas de AQMI en lugares donde ya no buscan conquistar territorio, sino esconderse. Además, las cosas se han complicado con la implicación de las tropas de Chad, que combaten codo a codo con las fuerzas especiales francesas en esas zonas delicadas y peligrosas, algo que incomoda en Bamako, que se siente marginada de estas operaciones tal como confesaban fuentes militares malienses de Gao.

Francia ha aprendido en esta guerra que ha tenido éxito en el terreno estratégico y táctico, pero tienen que mejorar en el operacional, porque el teatro de acción es enorme, con largas distancias (han tenido problemas de abastecimiento de fuel, por ejemplo) en un territorio que es dos veces Francia y donde hace falta un mando unificado fuerte para coordinar a las tropas de la AFISMA, de Malí, y de Chad, algo que no debe de ser fácil. Se ha visto sola en Malí y la respuesta de los aliados europeos y estadounidenses ha sido de apoyo, como los necesarios aviones de transporte C17 y Hércules. EEUU no ha querido implicarse abiertamente, pero sí ayuda en temas de inteligencia, mientras que la Unión Europea (UE) se ha limitado a desplegar la misión EUTM Mali, dirigida a adiestrar al ejército maliense.

También, los soldados franceses, malienses, franceses y de la AFISMA, saben que el problema del yihadismo no va a desaparecer de la noche a la mañana. Tendrán que lidiar con lo que quede de los grupos armados, conformados a principios de esta guerra por unos 3000 hombres (Francia aseguró que acabó con varios cientos), y que juegan con ventaja por varias razones. En primer lugar, porque los islamistas tuareg de Ansar Dine, los tuareg laicos de MNLA (Movimiento Nacional para la Liberación del Azawad), los terroristas de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) y los islamistas de MUYAO (Movimiento por la Unicidad de la Yihad en Africa Occidental) llevan ya más de una década corriendo a sus anchas por el Sahel. Son expertos hombres del desierto y se han movido sin problemas en ese agujero negro, una extensión incontrolable que se convirtió hace unos años en una guarida perfecta en la que algunos de esos grupos participaban del negocio de los secuestros, el narcotráfico de cocaína y heroína, tráfico de armas, de clandestinos o simple contrabando de tabaco.



Foto: Mayte Carrasco

Un soldado francés saluda a un niño en el centro de Gao

En segundo lugar porque el control del conjunto del Sahel es muy complicado. Atraviesa una decena de estados, muchos de ellos fallidos y con violencia, fronteras permeables y habitantes nómadas tan difíciles de controlar como los movimientos de las minúsculas partículas de arena que el viento ajetrea a lo largo de sus cuatro millones de kilómetros cuadrados. Es uno de los territorios más hostiles y duros del mundo, con devastadoras y cada vez más frecuentes sequías, índices de pobreza extrema (cuatro países del Sahel están entre los diez IDH más bajos del planeta) y una hambruna que afecta a más de diez millones de personas. La pobreza termina siendo un caldo de cultivo que lleva a muchos a involucrarse en tráfico ilícito o en grupos armados. Y en tercer lugar se desconoce hasta qué punto esos grupos yihadistas han perdido en esta guerra todo el armamento que traspasó las fronteras libias a través de Níger y terminó en sus manos, procedente del «supermercado» de armas que supuso el final de la guerra Libia.

En tercer lugar, no puede menospreciar al enemigo. Francia ha liberado con éxito y rapidez la mayoría de ciudades tomadas y ha eliminado a un número elevado de yihadistas, entre ellos dos de los más carismáticos líderes de AQMI y los más conocidos por los secuestros, como el sanguinario Abu Zeid o Mojtar Belmoktar (según el Ejército del Chad), se ha embarcado en las peligrosas operaciones en la zona de Amettai (noreste) que se han saldado con importantes bajas, y ha logrado penetrar en esos santuarios en los que se escondían veteranos combatientes que lucharon en Irak o Afganistán, en bases nómadas camufladas de campamentos tuareg donde entrenaban a una nueva generación de terroristas islámicos a unos 3000 kilómetros al sur de Algeciras y que suponen por cierto la primera amenaza terrorista de España.

Sin embargo aún quedan otras bases en otros países como Níger o Mauritania y muchos de los acólitos del frente de combatientes se han afeitado la barba y escondido entre la población de Malí, esperando el momento preciso para atacar, mientras muchos otros se han dispersado por el desierto y pueden huir a los países colindantes cuando la situación se relaje. De las lecciones de Irak y Afganistán se debe extraer que no hay que subestimar a este tipo de insurgencia, que cuenta con kamikazes y tiene aún capacidad de operar. La amenaza de esos grupos no era nueva y bastaba darse una vuelta por Internet en 2010 y ver los vídeos de AQMI amenazando y atacando a objetivos occidentales y difundiendo su mensaje a través de la productora Al-Andalus, al tiempo que el emir Droukel, líder de AQMI se servía de la capacidad de atracción y carisma de Bin Laden para reclutar entre los jóvenes pobres (de modo que la solución para Malí pasa también por ayudas económicas). Esa red es sólida y no desaparecerá tan fácilmente, ni tampoco los secuestros y ataques a objetivos occidentales en toda la región.

LOS PELIGROS INTERNOS, REPRESALIAS Y VENGANZAS

La situación política de Malí es inestable y peligrosa tras el golpe de estado de marzo del año pasado. El estado de emergencia se ha prolongado tres meses más y durante la noche hay controles de seguridad en las calles de la capital y hay visibles grietas en el seno de las fuerzas armadas malienses, como demostró a principios de febrero el ataque de un grupo de «boinas verdes» (partidarios del actual presidente) a la base de los paracaidistas de Djikoroni-Para, en las proximidades de Bamako y base de los «boinas rojas» (unidad de élite partidaria del depuesto presidente Amadou Toumani Touré).



Foto: Mayte Carrasco

Hay insurgentes escondidos entre la población y ahora se libra una guerra asimétrica.

Además, muchos soldados del ejército maliense, la mayoría de raza negra y del sur, no esconden un discurso racista contra los árabes y los tuaregs del norte. «Estos Tamashek (tuareg nómadas) son todos lo mismo, están todos metidos en el MUYAO, lo sé», aseguraba en Gao el recluta Mamadou que acababa de detener a tres Tamashek a las puertas del único hotel abierto en la ciudad. Les desnudó, cacheó e interrogó por no llevar documentación. «Yo viví en Libia mucho tiempo y los vi luchando con los islamistas, todos son lo mismo», decía Mamadou, ataviado con unas gafas de policía de espejo. «Somos conscientes de que arranca la caza al tuareg y al árabe», se quejaba a escondidas a su lado Algateck Omraha, un comerciante tuareg de tez blanca de los alrededores de Gao que hacía gestiones para liberar a sus amigos detenidos. «Estamos todos escondidos en una casa porque nos quedamos atrapados aquí tras los bombardeos franceses. Tenemos mucho miedo de las represalias de la población», confesaba.

Existen además serias acusaciones de ejecuciones sumarias cometidas por ejército maliense en represalia contra el enemigo, recogidas por la prensa internacional en la ciudad de Sevaré e investigadas por varias organizaciones internacionales, y que han podido darse también en Niono o Tombouctou. Una de las pruebas estaba en el fondo de un pozo cerca de una carretera en Sevaré, donde al asomarse el olor a descomposición era más que evidente. Se apreciaban varios bultos entre la oscuridad flotando en el agua y las moscas revoloteaban junto a los ladrillos, salpicados con manchas oscuras sospechosas que parecían sangre. Según varios testimonios, las tropas malienses habían ejecutado y lanzado al pozo a supuestos colaboradores de yihadistas. El Ejército maliense ha reconocido estos hechos, que ha prometido investigar.

EL FUTURO INMEDIATO

Mariam Soleyman Hadua, madre de 47 años, aprovechó que un coronel del ejército maliense tuvo que parar a repostar gasolina en Gao para increparle, enarbolando una fotografía de su hijo, militar fallecido en las operaciones de Konna, donde desaparecieron 60 militares de los que no hay rastro. «Ha muerto en batalla, pero el Ejército ni siquiera me ha devuelto el cuerpo» gritaba entre sollozos. «Se tienen que ocupar de nosotros ahora, porque los franceses se irán. No pueden olvidarse de su gente, nuestro gobierno debe cuidarnos, por mi hijo», pedía Mariam.



Foto: Mayte Carrasco

Un soldado de Níger patrulla la ciudad de Gao un día después del ataque sorpresa de MUYAO

Francia se irá tarde o temprano porque no querrá involucrarse en otro Afganistán y presionará para que se ponga en marcha una misión de cascos azules de la ONU, al estilo a las fuerzas desplegadas en Sierra Leona o Costa de Marfil (con miembros que deberían ser de países a los que no se asocia con una herencia colonial) para poder estabilizar la zona e

impedir el regreso de los islamistas. «Yo lo único que necesito es que regrese la paz y poder recuperar mi trabajo», pedía Altayeb desesperanzado, sentado en las escaleras de un restaurante que recibió un impacto de RPG el día de los combates. Era guía turístico de Gao, la ciudad de los Askias, donde el 80% de la población depende de un turismo desaparecido desde la llegada de AQMI y sus secuestros a la zona. Ahora no tiene trabajo.

La Unión Europea, enviará tropas (entre ellas españolas) para entrenar al ejército maliense en el mes de abril en una misión que no será de combate, sino que tratará de inculcar al ejército de Malí unas reglas de respecto de la autoridad civil, de protección de los derechos humanos y de atención a la ayuda humanitaria. La situación política debería desbloquearse con las elecciones previstas para el próximo mes de julio, pero la reconciliación es algo que tomará algún tiempo. Porque mientras Francia parece llevarse bien con el MNLA (enemistado con el resto de grupos armados), este movimiento han vuelto a declarar la guerra a Bamako. La población local no perdona. «Que no vuelvan, sobre todo los del MNLA, son los peores, ladrones y narcotraficantes. Prefiero a los radicales de MUYAO», murmuraba el padre de familia de Gao que presenció la violación de las mujeres de su familia.

La gran incógnita será saber si el nuevo Gobierno cubrirá sus demandas y si a largo plazo la operación SERVAL habrá mejorado sus vidas y las de las poblaciones de los países limítrofes o si al contrario habrá ayudado a reforzar una guerra sectaria que empeore el problema de las minorías tuareg, presentes también en territorios vecinos. Mientras tanto, la población civil sufrirá su nuevo negro futuro, la estrategia de la insurgencia que hemos visto en otras tantas guerras asimétricas, con más atentados sorpresa y minas instaladas por esos grupos de yihadistas que saben muy bien cómo esconderse bajo las piedras, como los escorpiones del desierto del inmenso Sahel.

i

*Mayte Carrasco***Periodista*

*NOTA: Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.